

Ingenieros en la intimidad

EN medio de la honda consternación que me ha producido la muerte de Ingenieros, no puedo evocarle en su calidad de maestro, de sociólogo, de ensayista; ni siquiera como autor de la serie de obras maravillosas con que ha sugestionado a la juventud de América, al igual que ese otro apóstol también del Plata, Rodó.

No. En este momento desaparece de mis recuerdos el Ingenieros «personaje», para dar paso a una figura más cálida, más vívida, que aún no ha muerto y cuya presencia espiritual me parece advertible por mi propia emoción; y se alza «don Pepe», ese hombre singular que no acogía con los brazos abiertos, que por sistema se reservaba un tanto, que iba maravillándose a poco y como niño ante el destello de una inteligencia no conocida suya el día anterior, y que, deshecho el hielo, era todo bondad, todo afecto, todo ternura, hasta llegar a adoptar cierto aire paterno para guiar a través de Buenos Aires,—librándolo de cualquier mal,—al joven extranjero que iba a golpear medrosamente a la puerta del consultorio del célebre doctor don José Ingenieros, en la calle de Viamonte.

¿Medrosamente?... Sí. Esa es la palabra. Siempre atemoriza la idea de que nos vamos a encontrar cara a cara con un hombre notable, máxime si ese hombre es de nuestra familia espiritual. Suelen desilusionar tan dolorosamente las celebridades... Pero no; Ingenieros no desilusionaba. Recuerdo perfectamente, como si fuera hoy, el instante para mí solemne en que se abrió la puerta que unía la sala de espera y el consultorio. Pasé a una estancia semi-oscura. Se situó el maestro en el án-

gulo sombrío—cuidando de dirigir la bombilla eléctrica hacia mí,—y apenas pude, por lo tanto, distinguirlo. De 45 a 48 años, débil de contextura, medio rubio y casi calvo. Vestía delantal blanco, de practicante. Eminentemente nervioso, movible y como sobresaltado por mil ideas y sugerencias, parecía preocupado de no traicionarse, de parecer reservado y hasta indiferente. Pero de súbito, a influjos quizá de qué fuerza misteriosa, hizo como quien deja a un lado el antifaz, dió la luz central de la pieza, se quitó el delantal y me hizo pasar a su escritorio íntimo, a una estancia chiquitita de muebles confortables y sencillos, y allí, encendido el cigarrillo y entre sorbo y sorbo de buen café, empezamos una charla interminable. Desde ese momento desapareció ante mis ojos el hombre ilustre, el sabio, el filósofo, para convertirse en el amigo, en el camarada que había de descifrarle el misterio de aquel país y de aquella ciudad, cuyas grandezas alontan en un principio sin que logre uno así no más aclimatarse. El, que había viajado y que había escrito libros de viajes, me hizo comprender el secreto que anida en todas las grandes urbes, secreto que en París es veneno, en Venecia veneno también, y en Buenos Aires veneno, si no hay alguien que oportunamente le quite al viajero la copa en que ya ha humedecido los labios... Me guió Ingenieros hacia el alma de la metrópoli, que además de capital es puerto, y puerto al cual entran a diario, hasta 300,000 personas en busca de trabajo, mientras salen otras tantas ya enriquecidas o que cambian de tienda, animadas solamente de cierta íntima esperanza. Y el maestro quiso que yo lo conociera todo, lo viera todo, todo lo apreciara; pero guiado siempre por él. Así, cuando no pudo acompañarme en persona, un golpe de teléfono, cuatro letras oportunas, una presentación a tiempo, subsanaban cualquiera dificultad y eran llanas para mí todas las puertas. Aún a los barrios bajos me acompañó, y tengo el más grato recuerdo de una noche famosa, en que él, Niccodemi, Martínez Cuitiño y otros «altos bohemios», comimos en un restaurant de «la Boca», o sea, del mal afamado barrio en que los marineros abren el vientre al parroquiano intruso que da en frecuentar sus canchas...

Sin embargo, nada nos pasó. Y es que Ingenieros equivalía a un salvo conducto: desde la Universidad a «la Boca», pasando por todos los círculos y por todas las clases sociales de Buenos Aires, «don Pepe» era un hombre popular, querido, simpatísimo, que había derramado su vida y su talento haciendo el bien, ayudando siempre, enseñando a todas horas sin aire de dómine, y persuadido de que sólo sembrando se cosecha en el campo espiritual, único campo en que él batallaba. Había que verle en su estudio, asediado de muchachos ansiosos de aprender; en la Redacción de «Nosotros», y de la «Revista de Filosofía», cercado de consultantes y de postulantes a redactores; entre los melenudos de *Renovación*, en los salones de arte y aún en los cafés: solicitado siempre por una especie de enjambre humano, que no le chupaba la sangre, sino que parecía enriquecerle la suya propia con la fuerza de una admiración que hacía perceptible en torno suyo algo así como un halo. Era el apóstol de la juventud porteña.

Gracias a Ingenieros conocí yo en Buenos Aires a cuanta persona, cuanto sitio son dignos de atención. Yo no podré volver los ojos hacia la gran ciudad, sin verle a él dominándola, alzado ya en el monumento que luego y sin duda han de erigirle.

Y, en seguida de venirme, nunca faltó a este hombre oportunidad de hacerse presente; un recado, una hoja impresa, una carta breve, un nuevo libro.

Su correspondencia es muy interesante. Cuatro palabras nerviosas, sencillas, categóricas y magistrales. Es fácil desprender de cartas suyas frases como éstas: «Es, sin duda, una inmoralidad alabar lo que se cree malo; pero no lo es de seguro, callar algún defectillo ajeno cuando su existencia no produce mal a los demás». — «Deje Ud. que me plagien. Ese es mayor homenaje que cuando me imitan». — «Yo iré por allá algún día, iré con mucha ilusión, porque es uno de los países americanos donde creo que más me quieren. ¿Y sabe Ud. por qué lo creo? Por reciprocidad, puesto que es Chile uno de los países que más quiero yo». — Y, así, cogidas al azar, son frases que vienen proclamando la limpidez de alma de este hombre de cerebro esencialmente límpido.

Llegó a preferir la bondad a la inteligencia. Llegó a merecer, me parece, las mismas frases que poco antes de morir y con admiración, aplicara él a Emilio Boutroux, el filósofo; «Tenía dos características esenciales; la medida en el juicio y la responsabilidad de su opinión; los que le hemos escuchado más de una vez, conservamos el recuerdo de ambas cualidades, que se sumaban en otra superior: la probidad. Sin ser retórico ni cultiparlante, resultaba elocuente por la intensidad de convicción que reflejaban sus palabras. Su falta de temperamento combatiente hizo inútiles sus grandes aptitudes discursivas, que habrían podido convertirlo en un temible polemista. Cada año ponía más bondad en su expresión y al fin sus maneras adquirieron cierta severa dignidad, no rara en los pastores protestantes. Como sus creencias eran hondas, debajo de su aparente serenidad persistía un velado apasionamiento que daba más unción a su palabra cuando el tema se relacionaba con sentimientos místicos. Y nunca tuvo la hipocresía de ser imparcial, ya que sinceramente no puede serlo ningún hombre que tiene principios e ideales. Dime a quién admiras...

EUGENIO LABARCA.